

¿Con qué desprecio, con qué crueldad y con qué ignominia no fué tratado este divino Salvador seis dias despues de tan religiosa y triunfante entrada? ¿Y se difiere tanto tiempo el maltratarlo despues de la comunión pascual? Ciertamente que no. Esas concurrencias mundanas, donde se tiene vergüenza no solo de practicar el Evangelio, sino aun de mentarlo; esos sitios destinados á diversiones tan poco inocentes, todos estos lugares del mundo y del demonio ¿están por largo tiempo desiertos? ¿Se pasan seis dias, ¡qué digo! seis horas sin crucificar á Jesucristo? Consultemos el número de las personas que perseveran en la inocencia: el número de las conversiones no sospechosas; consultemos en fin á nosotros mismos, y encontraremos que todos somos una prueba de esta impía y monstruosa ingrátitud.

♦♦♦♦♦

Lunes Santo.

LA Iglesia en toda esta semana nos describe la Pasion y la muerte del Salvador; y así el oficio de este dia es un vivo y tierno compendio de las principales circunstancias de este misterio. El introito de la misa es del salmo XXXIV, en que David aborrecido, calumniado, perseguido y maltratado pide á Dios justicia contra sus enemigos. Ninguna cosa conviene mejor á Jesucristo en vísperas de ser sacrificado. A vos, Señor, dice el profeta, pido justicia contra mis enemigos y perseguidores; pues lo son igualmente vuestros, tomad vuestras armas y vuestro escudo para pelear contra ellos; levantaos para venir en mi socorro, pues sois toda mi fuerza y todo mi apoyo. Tirad de vuestra espada y poneos entre mí y los que me persiguen; haced oír en el fondo de mi corazón que vos sois mi salud. Este salmo nos representa á la vista al Salvador en su Pasion, perseguido, acusado, calumniado y procesado con tanta crueldad como injusticia. Conviene tambien á los justos, cuando se ven tentados por los demonios y perseguidos de los hombres: conviene asimismo á la Iglesia, la que jamas está sin persecucion.

La Epistola de este dia se ha tomado del profeta Isaías. Jamas hubo figura mas parecida á la realidad que la que de Jesucristo padeciendo nos pinta el profeta en este capítulo I, donde despues de haber declarado con un estilo vivo y terminante la reprobacion de la sinagoga de los judíos por causa de sus iniquidades: Os protes-

to, dice el Señor por boca de su profeta, os protesto y os declaro, que habeis sido vendidos por causa de vuestros pecados, y que vuestros delitos me han obligado á repudiar á vuestra madre. El profeta, ó mas bien Dios por su profeta, quiso dar á entender, que lo que determinó por fin al Señor á romper su alianza con el pueblo judaico, á desecharlo y reprobarlo, fué el modo indigno, infame y cruel con que trataron al Mesías, á quien no quisieron oír ni recibir, con quien ejercitaron los últimos ultrages, y á quien hicieron morir en una cruz.

El Señor mi Dios me abrió el oído, esto es, me reveló un gran misterio, y por mas increíble é incomprendible que me haya parecido, me he rendido á su voz, y no le he contradecido. Este misterio tan poco verisimil, y que se le hacia tan duro de creer al profeta, eran los sangrientos ultrages que los judíos habian de hacer un dia al Mesías tan ardientemente pedido, y por tanto tiempo esperado. No podia comprender el profeta, cómo lo que Dios le habia revelado de los tormentos y de la Pasion del Salvador, pudiese jamas suceder; tan opuesto le parecia á la razon, á la religion y á los verdaderos intereses de los mismos judíos. ¿Qué? decia el profeta, ¿despues de haber suspirado por espacio de tantos siglos por la venida del Mesías, despues de haberlo tan ardiente y afectuosamente pedido, esperado, deseado; cuando este Mesías, cuando este rey de Israel, cuando este soberano Redentor, cuando este divino Salvador venga, ha de ser aborrecido, perseguido, ultrajado, abofeteado, escupido, muerto por este mismo pueblo? Esto era lo que al profeta se le hacia duro de creer. Sin embargo, lo creyó luego que Dios se lo hubo revelado, é hizo aquí una descripcion la mas individual de la mayor parte de las circunstancias de esta Pasion tan dolorosa como ignominiosa al Salvador del mundo, al Mesías prometido.

He entregado mi cuerpo á los que me herian y mis mejillas á los que por último desprecio me arrancaban los pelos de la barba. No he desviado mi cara de los que me cubrian de injurias y de salivas. Habia dicho el Hijo de Dios, hablando por boca de David: Señor, bien veo que todos los sacrificios que se os ofrecen no pueden seros muy agradables: ni los holocaustos, ni las hostias por los pecados, ni la sangre de las víctimas, nada de todo esto es capaz de satisfacer á vuestra justicia ofendida, ni aplacar vuestra indignacion irritada contra el pecado. No quisistes ni víctimas, ni oblacones. El haberlas tolerado ha sido una pura condescendencia, viendo la flaque-

za de vuestro pueblo; por medio de ellas habeis querido poner un freno á la propension que este pueblo grosero y material tenia á la idolatría, y fijar sus espiritus por medio de unas ceremonias exteriores, para que no se dejasen arrastrar al culto de los ídolos por el comercio que tenian con los paganos. Viendo, pues, que todas estas oblaciones, que estos sacrificios de toros y machos de cabrio ós desagradaban, me he ofrecido yo para ser yo mismo aquella víctima que os será infinitamente grata, y que sola puede ser capaz de satisfacer abundantemente á vuestra justicia y á vuestro enojo. Vos me habeis dispuesto un cuerpo para esto. Y sabiendo que vos deseábais que yo os lo ofreciese en sacrificio, he abandonado este cuerpo á todos los ultrajes, y á la misma muerte. Todo esto se cumplió en la Pasion del Salvador, entregándose este Señor á los verdugos como una víctima inocente, y como un cordero que no se queja cuando es llevado al matadero.

Yendo Jesucristo por la última vez á Jerusalem con sus discipulos, les previno todo lo que le habia de suceder, prediciéndoles hasta las menores circunstancias de su Pasion. Veis aquí, les dijo, que vamos á Jerusalem, y se cumplirán todas las cosas que los profetas escribieron del Hijo del Hombre, el cual será entregado á los gentiles, tratado con desprecio, azotado y escupido. Desde el momento de su encarnacion habia aceptado el Salvador todo esto. He aquí, Dios mio, que vengo para hacer tu voluntad. El Señor, añade el profeta, es mi protector: ¿qué tengo que temer? No es posible que yo sea confundido. Presenté mi cara como una piedra muy dura, y sé que ninguna cosa me hará titubear. El que me justifica está junto á mí; yo soy inseparable de él; acésemme en hora buena, calumnienme, condenenme: mi Jesus conoce mi inocencia y está de mi parte. Seré oprimido á los ojos de mis enemigos; pero asegurado de la proteccion del Altísimo, esta opresion exterior será la materia de mi gloria. Esto lo explica aun mas el mismo profeta, cuando hablando del Mesías, prosigue diciendo: En dando su vida en sacrificio por el pecado, verá durar su descendencia hasta mas allá de los siglos. Como si dijera; pues ha gustado entregarse, y sufrir la muerte por la salvacion de los hombres, todos los hombres se han hecho sus siervos y sus hijos, comunicándoles la calidad de hijos de Dios por la gracia que les infunde. Y por un pequeño pueblo que ha rehusado reconocerlo por su Salvador, por su Rey y por el Mesías,

será reconocido por tal de todos los pueblos de la tierra, y se verá constituido cabeza de la Iglesia cristiana.

Júntense todos mis enemigos, y únense para perderme. Pontifices, fariseos, escribas, pueblos que el demonio anima contra mí, juntaos si os place con todas las potestades de las tinieblas, con todos los resortes, emplead la autoridad romana. El Señor mi Dios está de mi parte, no temo ni los juicios ni la malicia de los hombres: toda su malignidad no es capaz de empañar mi inocencia; y así triunfaré del mundo y del infierno. Todo este nublado de enemigos empuñados en perderme, se desvanecerá; ellos se consumirán, se convertirán en polvo, y serán comidos de los gusanos, al paso que yo hallaré en la ignominia de mi muerte una vida gloriosa, impasible y eterna. ¡Quién de vosotros teme á Dios, y oye la voz de su siervo? Los que temeis al Señor, y ois mi voz, no temais las amenazas de los malos: éstos hacen mucho ruido y poco mal. Esperad en el Señor, y ninguna cosa será capaz de haceros el menor daño. Pero por lo que mira á aquellos que no quieren seguirme, que son indóciles á mi voz, y que no quieren creerme, les tengo lástima, compadezco mucho su suerte. Por mas pecador que hayas sido, por mas pobre, abandonado y aborrecido, perseguido y oprimido que estés, pon toda tu confianza en Dios, cuenta sobre su bondad, acógete á su infinita misericordia y nada temas: ten por cierto que serás asistido.

El Evangelio de este día cuenta lo que pasó la víspera de la solemne entrada que hizo el Salvador en Jerusalem. La veneracion en que tenian á Jesucristo despues del milagro de la resurreccion de Lázaro, hacia que cada uno á porfia lo convidase con su casa, teniéndose por muy dichosos en hospedarle. Pero el Salvador se hospedó en casa de Lázaro, donde se le habia dispuesto de cenar, y á donde acudieron muchas gentes por ver al Mesías. Lázaro era uno de los que comian á la mesa con él, y Marta servia la mesa. Luego que se acabó de servir todo lo necesario, María que excedia á todos en amor á Jesucristo, se puso á ungr los pies del Salvador con un bálsamo muy exquisito, cuyo olor se extendió por toda la casa y luego los enjugó con sus cabellos. Esta profusion no fué del gusto de los circunstantes. Judas, aquel indigno discípulo que bien pronto habia de entregar á su buen Maestro, fué el primero que murmuró de ello, y su mal ejemplo, como ordinariamente sucede, fué seguido de algunos otros. ¡A qué viene, dijo, de qué sirve per-

der un bálsamo de tanto valor? ¿No fuera mejor venderlo? Se hubieran sacado de él trescientos dineros, los que se hubieran podido dar á los pobres. Las pasiones, sobre todo, en los que hacen profusion de piedad, hablan siempre con un lenguaje devoto, y siempre pretextan motivos religiosos y plausibles. No decia esto aquel traidor por caridad para con los pobres; no era tan sensible á sus miserias. Por otra parte, no estaba encargado de distribuir las limosnas, sino que era el mismo Salvador quien las repartia; mas Jesucristo por un singular favor le habia confiado el cuidado del corto gasto que hacia con sus discípulos, y el de recibir las limosnas que le daban para sus necesidades. Judas secretamente sacaba de la bolsa lo mas que podia, y se lo apropiaba, quizá meditando dejar despues de algun tiempo la compañía de los Apóstoles. Y como la suma de que á la sazón se trataba era bastante considerable, le pesaba haber perdido la ocasion de hacer un erecido hurto. Pero el Salvador que conocia y sabia cuanto pasaba en el corazon de los hombres, al punto tomó la defensa de su devota sierva, y justificó su accion en presencia de todos. ¿Por qué blasfemais, les dijo, una accion que será alabada hasta el fin de los siglos? El Salvador predice aquí su próxima muerte, y para hacer ver que está todo ocupado de este pensamiento, quiere que se mire la accion de María como la operacion de embalsamar su cuerpo, cuya muerte y sepultura previene. Como si dijera: *esto que ejecuta María es un presagio de mi próxima muerte, me trata como á un hombre á quien se le hacen los últimos obsequios; empieza á embalsamarme como á un hombre que llevan ya á enterrar.* Por lo demas bastante os he dado á entender, añadió el Salvador, cuánto estimo la limosna que se da á aquellos á quienes una dura necesidad obliga á pedir; pero sabed que jamas os faltará esta especie de pobres; pero no debiendo yo estar sino muy poco sobre la tierra con presencia visible, no debéis tener á mal el que esta muger no quiera retardar el hacer conmigo esta especie de obsequio. Mientras sucedia esto, como la fama de su llegada á Betania se habia extendido por todos sus alrededores, acudieron muchos judios, no solo por tener la satisfaccion de ver á Jesus, sino tambien por ver con sus propios ojos á Lázaro resucitado.

Jesus merece bien que se vaya á él por él solo; y la perfecta pureza de intencion no se compecede ni aun con una especie de curiosidad devota. ¿Qué será pues de esas miras bajas é interesadas que

se mezclan tan frecuentemente en nuestras buenas obras, y hasta en la misma profesion que hacemos de devocion? Sabemos que el Salvador está realmente sobre nuestros altares para recibir nuestros votos y nuestros homenajes, que está en los hospitales, en las cárceles, en las cabañas de los pobres, para recibir algun consuelo ó algun socorro. ¿Estamos impacientes, nos sentimos con vivos deseos de ir á todos estos parages? ¿Es mucha la gente que concurre á los hospitales y á las cárceles sin otro fin que el de visitar, asistir y consolar, por decirlo así, á Jesucristo en la persona de los pobres? ¿Y si algunas veces concurrimos en tropas á nuestros templos, es siempre con el fin de no ver sino á Jesucristo, y para hacer y rendirle á él solo nuestros obsequios y nuestros homenajes?

La Epistola es del capítulo L del profeta Isaías.

En aquellos dias: Dijo Isaías: El Señor Dios abrió mi oreja, y yo no contradigo; atras no volví. Entregué mi cuerpo á los que me herian y mesaban mis barbas: no aparté el rostro de los que me injuriaban y escupian. El Señor Dios es mi auxiliador: por eso no fui confundido. Esta es la causa por que puse mi rostro como piedra durisima, y sé que no seré confundido. Cercano está el que me justifica: ¿quién se me opondrá? Unámonos: ¿quién es mi adversario? Lléguese á mí. He aquí el Señor Dios es mi auxiliador: ¿quién es el que me condenará? He aquí todos ellos, como vestidos se envejecerán, la polilla los comerá. ¿Hay alguno de vosotros que tema al Señor, y oiga la voz de su siervo? El que anduvo en tinieblas y hay luz en él, espere en el nombre del Señor, y tome por fundamento á su Dios y Señor.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

Seis dias ántes de la pascua vino Jesus á Betania, donde habia muerto Lázaro, el que resucitó Jesus. E hicieronle allí una cena, y Marta servia, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio, y ungió los piés de Jesus, y limpió sus piés con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del unguento. Dijo entónces uno de sus discípulos, Judas Iscariotes, el que le habia de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos dineros, y se ha dado á los pobres? Mas dijo es-

to, no porque estuviere á cargo suyo el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entónces Jesus: Dejádla que lo aproveche para el día de mi sepultura: porque á los pobres siempre los tenéis con vosotros; mas á mí no siempre me tenéis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de judíos que estaban en aquel lugar, y vinieron no mucho por causa de Jesus, mas por ver á Lázaro, al cual habia resucitado de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre la sentencia de muerte dada contra el Salvador.

Considera que no sin misterio fué llevado el Señor de unos tribunales á otros, de unos á otros jueces, pues con esto quiso su Magistad que se conociese mas su inocencia, y apareciese mas en claro la malicia de sus perseguidores, que ya valiéndose de testigos falsos, ya acumulando testimonios que no convenian entre sí, ya usando de la astucia para hacerle proferir alguna palabra que pudiesen tomar por pretexto con que cohonestar su horrendo atentado, daban á conocer bastantemente que no habia en él culpa alguna, ni mas motivo para perseguirlo que ser él la luz y ellos las tinieblas, él la santidad y ellos la iniquidad y el pecado; de donde es que precisamente habia de haber oposicion; pues, como dice el Apóstol, no pueden avenirse la luz y las tinieblas, ni haber justicia entre Cristo y Belial. Por eso el santo Simeon, inspirado de Dios, anunció que Cristo sería puesto como un signo de contradiccion; pues siendo él la verdad que combatia al error, necesariamente habia de ser opugnada por este. Por eso el mismo Cristo dijo que habia venido, no á introducir la paz, sino la espada. No habla aquí el Salvador de la verdadera la paz, que es la herencia de los hijos de Dios, sino de aquella paz espuria y vil que tienen entre sí los pecadores, y mediante la cual, ó bien se asocian para perpetrar el delito, ó bien se portan de manera que cuando no se aprueben sus excesos, por lo ménos no se los reprobaban ni se corrigen caritativamente. No es esta la paz de Cristo, y por eso no podia avenirse con los escribas y fariseos, ni ellos con él. He aquí la division; he aquí la espada que Cristo vino á introducir en el mundo. No es esta ciertamente un espíritu de division ó discordia; es la oposicion necesaria entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre la

gracia y el pecado. Cristo combate el error, persigue al vicio, hace guerra al pecado; y el pecado, y el vicio y el error pugnan contra Cristo; lo persiguen, lo injurian, lo atormentan, lo clavan en la cruz, y siguen haciéndole guerra de continuo en los miembros de su cuerpo místico, los iluminados y fieles hijos de la Iglesia.

Considera que esta misma injusticia con que obran contra el Salvador sus perseguidores, le hace mas sensible y doloroso el decreto de su muerte. Léanse los salmos de David, véase á Jeremías y se encontrará á cada paso el lamento justísimo de Jesucristo en aquellos dos santos profetas que fueron figura suya, y por los cuales se queja de la injusticia con que se le perseguia, se le acusaba y se le condenaba. Es verdad que el Salvador solo por la injusticia pudo ser perseguido; pues no dió, ni pudo dar causa alguna para que se le persiguiese justamente; pero esto no quita que sintiese toda la amargura y el dolor de padecer inocente. ¡Sentenciar á muerte á un hombre santo, inocente, benéfico, lleno de virtudes, solo porque convenia á las miras de sus enemigos, es la iniquidad mas atroz que pudo producir el infierno! ¡Sentenciarlo tumultuariamente, sin forma de juicio! ¡Sentenciarlo sobre calumnias y falsas imputaciones! ¡Sentenciarlo en la agitacion de las pasiones, en el rebato del furor, en el exceso de la mofa y escarnio! ¡Ah! que solo en este juicio pudo verse un agregado de desórdenes, un cúmulo de atentados tan enormes, tan injuriosos, tan escandalosos. Pues si nuestros corazones, á pesar de haber perdido tanto los principios de la justicia y de la moral, se resienten y se afectan vivamente á la consideracion imperfectísima de tan enorme y abominable injusticia, ¿qué sentiria el corazon de Jesucristo que por naturaleza poseia la rectitud y la justicia, que penetraba toda la malignidad de sus enemigos, y tomaba todo el peso á una maldad verdaderamente infinita, y dirigida toda contra su adorable persona? El corazon del Salvador era nobilísimo, y de tan sublimes sentimientos, cual convenia al Hombre Dios. Así es que sus padecimientos son incalculables; tanto mas, cuanto que se le formó por el Espíritu Santo precisamente para padecer, dotándole de tal viveza de sentimiento, que hiciese su Pasion inmensa, sobrepujando á cuanto han padecido y pueden padecer todos juntos los corazones de los hombres. ¡Oh buen Jesus, y cuánto os he costado!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si al que es justo por naturaleza, y solo reo de los pecados que to-

ma sobre sí por caridad para libramos de ellos, se hace sentir la muerte en toda su amargura, ¡cuál debería ser para el que arrastra la cadena de sus propios delitos! ¡El inmortal, hecho mortal y condenado á muerte, para hacer inmortal al que por su pecado se hizo doblemente mortal! ¡Ah, que esto solo cabe en la inmensa caridad de todo un Dios hecho hombre! Pero ¿qué exige de mí una prueba de amor tan desmedida? ¿Será bastante un poco de gratitud, un amor de puro y superficial afecto? ¡Ah! que no. Yo debo morir á todas las criaturas; yo debo morir á mí mismo, para solo vivir á mí Jesus. A él debo esta vida que me ha dado: suya es, y debo consagrársela: tal es, Dios mio, mi resolucion.

JACULATORIA.

Mi vida debe ser toda de Cristo; y el morir á mí mismo es mi única ventaja y mi ganancia.

LECCION.

Sobre la delicadeza de las falsas conciencias.

El demonio, muy astuto engañador de las almas, se vale aun de la misma virtud para pervertirlas; no porque la virtud en sí pueda ser perjudicial á los hombres, sino por la imprudencia ó inoportunidad con que las practicamos, prefiriendo el ejercicio de aquellas que no nos obligan tan estrechamente como otras en el estado y profesion que tenemos. Todas las virtudes son buenas; pero no todas nos obligan con igualdad. El padre de familia que por dedicarse á la oracion en el retiro de un templo, descuidare la educacion de sus hijos y ministrarles la subsistencia necesaria, de suerte que mientras él estuviere rezando en las iglesias, su muger, sus hijas, sus hijos ocupen el tiempo en diversiones pecaminosas, sin instruirse en su religion; ó que por esta ocupacion piadosa del marido falte á la familia el sustento, esponiéndola tal vez á proporcionárselo por medios reprobados, ¿cómo podria ser grata á Dios aquella virtud? Si el juez desatiende la administracion de justicia haciendo erogar indebidos gastos á los litigantes, y ocasionándoles perjuicios muchas veces irreparables con la demora, ¿cumplirá con su obligacion aunque dia y noche emplee en visitar enfermos y auxiliar moribundos? Ved, pues, como no nos basta ejercer materialmente obras de virtud para agrandar á Dios, sino que es preciso que practiquemos las que

su Magestad quiere en la situacion en que nos ha puesto, aunque estas no sean tan á nuestro gusto como otras: el preferir, pues, estas á aquellas será un sacrificio que haremos, y un nuevo mérito que contraigamos con nuestro soberano dueño y Señor. Cuando el demonio no puede inducirnos á cometer pecados evidentes, procura que indirectamente los cometamos, haciendo que practiquemos obras buenas; mas que su práctica nos impida la de aquellas á que estamos obligados. Otras ocasiones nos sugiere razones aparentes y sofisticas para que á pretexto de optimismo desatendamos un objeto por atender otro que nos parezca mejor, aunque en ciertas circunstancias no lo sea.

Las falsas conciencias, que por desgracia del siglo en que vivimos, casi son las mas, aparentan mayor delicadeza que las buenas: afectan por lo comun ser exactas y aun escrupulosas; pero no hay que engañarse; tan solo es en aquello que lisonjea su pasion dominante, á la que siempre protegen y sirven de apoyo. No les faltan motivos especiosos y deslumbradores con que colorear sus ilusiones, y si les faltan, los inventan. Afectan que son tan zelosas del bien público, como amantes de la verdad, la que siempre protestan las hace obrar, y tambien el deseo de que se administre justicia. Sin embargo, se trata sin misericordia á un pobre deudor: se quiere ser pagado hasta del último maravedí por imposibilitado que se halle, por razones y excusas que alegue, por ruegos que interponga: se cierran los ojos al lastimoso estado á que se le va á reducir: no se siente, no se repara que toda una familia va de por medio. Y qué podrá haber motivo en un hombre racional, y que ademas precia de cristiano, para tan bárbara dureza, para tan cruel proceder?

Luego que el alma se deja dominar de las pasiones, la delicadeza afectada de conciencia no es mas que un nombre que se emplea para dar valor á la preocupacion y al interes. Todos comerciamos en conciencia, hablamos en conciencia y obramos en conciencia; y á pesar de tan bellas y repetidas expresiones, en todas partes abunda la iniquidad, y la preocupacion es la que juzga y sentencia en todo. Así es que hay tantas conciencias como personas, cuando solo habia de haber un modo de obrar, puesto que no es mas que una la verdad y la ley.

Si meditáramos las verdades santas del Evangelio, comparáramos nuestra conciencia con la ley, y veriamos si era ó no alguna ilusion que nos engañaba. El testimonio de la conciencia fué oído

en todos tiempos como un oráculo sagrado; y si hoy se desconoce su mérito y valor, es porque hoy se vive cercados de las mas densas tinieblas. Nos parecemos al Apóstol desventurado en las ilusiones y en los errores. Magdalena abrasada del mas generoso amor á su Salvador, no omite ocasion alguna de darle públicamente señales y pruebas de lo mucho que le ama. Seis días ántes de la muerte de Jesucristo, cenando este Señor en Betania, derramó sobre sus piés un bálsamo de mucho precio: todos alaban la accion, solo Judas la desaprueta; el motivo que aparenta es la caridad, y la causa de su murmuracion es su pretendida delicadeza de conciencia. Al oírlo hablar, cualquiera diria que quien lo hace murmurar es la pura caridad para con los pobres, que quien lo hace obrar es una cuerda y religiosa economía, que quien lo anima es el amor de la pobreza evangélica. *¿Para qué desperdiciar esto? ¿Por qué no se ha vendido este bálsamo en trescientos dineros, y se ha dado á los necesitados?* ¡No se dirá que es la pura caridad quien lo hace que se exprese de este modo? ¡Qué este Apóstol solo piensa en aliviar las necesidades de los pobres? Sin embargo, la avaricia es la que lo hace hablar así, y el deseo de hurtar aquel dinero es el que lo anima á hacer esta representacion. No era Judas tan compasivo para con los pobres como parecia.

El vicio y la virtud suelen tener el mismo lenguaje, y nos engañamos con mucha facilidad, reputando virtud lo que no es sino vicio. La falsa conciencia es émula de la buena: motivos de religion, razones de piedad, pretextos de caridad y de zelo, todo se pone en práctica para asegurar el dictámen, todo se emplea para deslumbrar con las apariencias de virtud, y de todo se usa para engañar. ¡Cuántos hay que no obran sino por pasion, y se lisongean de que no obran sino por virtud! ¡Cuántos son el juguete de su depravado corazon y de su falsa conciencia! Cuanto es mayor y mas vasto el entendimiento, tanto la ilusion es mas incurable: nunca el error es mas pernicioso, que cuando es efecto de la malicia del corazon y de la perversidad del entendimiento. ¡Cuánto mejor nos seria obrar con sencillez y con rectitud! ¡Qué, nuestras pasiones por mas disfrazadas y disimuladas que sean podrán engañar á Dios! Engañémonos á nosotros mismos cuanto queramos; porque Dios no puede engañarse. Cuando las verdades son holladas y cuando se ven á sangre fria y con serenidad los abismos eternos, infaliblemente se corre por la posta á la perdicion: la verdadera conciencia es susti-

tuida por la falsa: el mundo no forma ya mas que una sociedad de espíritus indóceles y perversos, que se burlan de los ayunos, de las abstinencias y aun de los mismos mandamientos; de suerte que la conciencia parece un ente de razon.

Solo Dios es quien puede sostenernos en medio de los peligros que nos rodean por todas partes; solo él puede alumbrar nuestra conciencia y darla rectitud y veracidad. Si el Señor llega á retirarse, vamos de abismo en abismo hasta aquella profundidad sin límites que ha de absorver á todos los malos. Todos los dias se ven confirmadas estas verdades: no faltan hombres soberbios abandonados á todo exceso; la tierra está manchada con crímenes y delitos peores que los anteriores al diluvio, pues toda carne ha corrompido sus veredas: solo el brazo del Omnipotente nos puede sostener con su gracia.

El que estuviere en pié, dice San Pablo, tenga cuidado de no caer. Palabras que debemos tener siempre presentes, pues en ellas se nos enseña que el mas santo puede á cada instante caer de su santidad; y así no hay hombre, sea el que fuere, que no deba estar siempre alerta y con temor. Basta una circunstancia desgraciada para hacernos reos de los mas abominables delitos. Pidamos de continuo luz al Espíritu Santo para que nuestra conciencia no se pervierta, y obrando con la errónea ó con ignorancia afectada, váyamos á acompañar al desgraciado Judas, de lo cual nos libre la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

Martes Santo.

CONFORME se va acercando el gran dia en que se consumó la admirable obra de la redencion por la muerte del Salvador, nos exhorta la Iglesia á todos los fieles á no gloriamos sino en la cruz, instrumento de nuestra salud, y á cumplir en nuestra carne lo que falta á la pasion de Cristo, que es, aplicárnosla por la penitencia.

El introito se tomó de la carta de San Pablo á los de Galacia, donde despues de haberles dado un gran número de preceptos morales, y despues de haberles descubierto el verdadero motivo, y el fin de todos aquellos falsos Apóstoles, que querian obligarlos á someterse todavía á las ceremonias legales, les dice: No tienen tanta

ansia de que os circuncideis sino para evitar ellos la persecucion con que los judíos ejercitan á los que creen, como nosotros, estar abrogadas las ceremonias legales. No creais que este sea zelo de vuestra salvacion, ó amor á la verdad; ni penseis que la gloria de Jesucristo es quien los anima, sino la vanidad, el respeto humano y el amor propio; queriendo tener la vanagloria de haberos sujetado á la ley de la circuncision: un temor cobarde, servil é interesado, les impide el predicar como nosotros la cruz de Jesucristo, y la eficacia de la fé, por no ser perseguidos de los judíos. Los falsos doctores de que habla aquí el Apóstol, no eran ni judíos, ni cristianos, ni paganos, pues reconocian á Jesucristo por el Mesías, se sujetaban á la ley de la circuncision y no adoraban los idolos. Así es que San Pablo instruye á los habitantes de Galacia sobre este punto de fé, desviándolos de las sendas por donde los quieren llevar los falsos doctores; y los anima amonestándoles que por lo que á él toca, pone toda su gloria en predicar á Jesucristo crucificado, el que es un escándalo para los judíos, y una necedad y locura para los gentiles; pero que es la fortaleza y sabiduría para los verdaderos fieles: no quiera Dios que yo me glorie de otra cosa sino de la cruz de Jesucristo. La Iglesia forma de estas excelentes lecciones el introito, de esta manera: *Toda nuestra gloria la debemos poner en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en el cual está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion, por el cual nos hemos salvado y librado.* ¡Pero hay muchos cristianos el dia de hoy que pongan su gloria en la cruz del Salvador? Quiere decir, ¿que no tengan otra ambicion que la de hacerse semejantes á este divino modelo? Se huye de la cruz, se tiene horror á la cruz, estamos muy distantes de poner en ella nuestra gloria; y sin embargo, la cruz es en donde se encuentra la salud y la vida: no así en los honores y placeres de esta vida, pues en estos solo se encuentra la muerte.

“Dios tenga misericordia de nosotros, y derrame sobre nosotros sus bendiciones. Derrame sobre nosotros la luz de su cara.” Esta expresion es bastante comun en la Escritura para significar la bondad y benevolencia de Dios, y para decir que se digne mirarnos con ojos propicios, y nos haga sentir los efectos de su misericordia, y de la extremada bondad con que nos mira. Este salmo LXVI es una viva y devota oracion que David hace á Dios en favor de su pueblo; y por la cual pide el profeta que todas las naciones conozcan y alaben al Señor.

La Epístola de este dia nos representa en la persona del profeta Jeremías una figura de Jesucristo, padeciendo en su Pasion por los mismos de su pais. Este santo hombre, que era sacerdote, reprende varias veces á los judíos sus infidelidades para con Dios, y los amenaza, anunciándoles las penas con que serán castigados sus desórdenes y su rebelion. Pero en lugar de aprovecharse de estas caritativas amonestaciones, se irritan contra él y tratan de perderlo. “Señor, dice Jeremías, tú me has hecho ver cuáles son los pensamientos de mis contrarios, y los perniciosos designios que han formado contra mí.” San Gerónimo dice que estas palabras y las siguientes, miran en todo á Jesucristo en su Pasion, siendo Jeremías una visible figura del Salvador. “Yo soy, prosigue el profeta, como un manso cordero, sin hiel, sin amargura, sin malicia, á quien llevan para que sirva de victima por los pecados. Ignoraba yo entónces todo lo que se tramaba contra mí, y no sabia lo que querian dar á entender cuando decian: *Pongamos un leño en su pan, y exterminémoslo de la tierra de los vivientes*: bórrese su nombre de la memoria de los hombres. Pero despues que te dignaste darme la inteligencia de una expresion tan figurada, comprendo, Señor, que han resuelto hacerme morir sobre un leño.” Mas despues Jesucristo declara en sus predicciones el misterio de esta profecía; les dice que él es pan vivo, pan de vida bajado del cielo. El pan que yo daré, añade, es mi propia carne; y es esta misma carne que será sacrificada en la cruz por la salud y vida del mundo. Cuando los judíos intentan perder á Jeremías, en la persona de este se representa á Jesucristo, profetizando el decreto de muerte que despues pronuncian contra el mismo Salvador en Jerusalem. Es menester deshacernos de él; y para esto clavemos su cuerpo, que él dice ser pan vivo bajado del cielo: clavémosle en el leño de la cruz, y de este modo lo exterminaremos del mundo. Pero tú, ó Dios de los ejércitos! prosigue el profeta, Dios justo, supremo Juez que castigas la iniquidad, que sondeas los riñones y el fondo del corazon; tú que conoces la malicia de mis enemigos, los cuales bajo una frívola y vana apariencia de religion, tratan de embustero, de facineroso al que has enviado, á aquel cuya inocencia tienes conocida: vea yo la venganza que has de tomar algun dia; vea yo confundidos sus designios y vengada vuestra justicia; vea yo triunfar de su crueldad, de su furor, y de la misma muerte, al justo que ellos pretendian exterminar de la tierra de los vivientes. Ve a yo á todos los que han

maquinado su perdicion humillados, aniquilados, y á él exaltado y reconocido por Dios, por los mismos que no lo han maltratado, sino porque se han obstinado maliciosamente en desconocerlo. El profeta, dice San Jerónimo, no habla sino contra los que habian de perseverar en su endurecimiento. No desea el mal de sus hermanos, se compadece de ellos: su perdicion le es mas sensible que los malos tratamientos que ha sufrido de ellos. Quisiera que Dios los castigara para hacer que se convirtieran; pero previendo su terca obstinacion, predice los males que les han de suceder en castigo de su endurecimiento y de su impenitencia; así como el Salvador predijo la total destruccion de Jerusalem y del templo en castigo de su voluntaria ceguedad.

Ninguna cosa nos descubre mejor los tesoros que están encerrados en la pasion del Salvador, que la historia tan sencilla y tan natural de esta misma pasion. No es menester sino seguir la descripcion que hace de ella el Evangelio, y mirar con ojos cristianos todo lo que Jesucristo padeció en los tres principales teatros de su pasion, en el huerto de Gethsamán, en la ciudad de Jerusalem, y en el Calvario.

El Evangelio de hoy nos dice que habiendo salido el Salvador de Jerusalem despues de haber celebrado la última Pascua con sus discípulos, se retiró al monte Olivete donde tenia costumbre de orar por la noche, y solo permitió que lo acompañasen S. Pedro, S. Juan y Santiago. Entró en el huerto casi ya llegada la hora en que habia de ser entregado por el traidor Judas para ser sacrificado; mas entretanto llega esta hora, se detiene en el huerto, para sacrificarse él mismo á su Padre celestial sobre el altar de su corazon, siendo á un mismo tiempo sacerdote, ministro y victima de su sacrificio. En las demas partes, puede decirse que sus enemigos tuvieron parte en la inmolacion; pero aquí el Salvador es el único que junta voluntariamente en su alma y en su cuerpo, todo lo que los tormentos tienen de mas cruel, todo lo que la muerte tiene de mas doloroso, todo lo que un hombre puede padecer de mas terrible y de mas sensible. Se abandona, pues, á una idea y á un afecto de temor y de terror, capaces de quitarle la vida, reuniendo en su imaginacion á un mismo tiempo todos los objetos mas capaces de afligirle: traicion de un Apóstol pérfido, huida de los Apóstoles fieles, gritos, ultrages, imprecaciones de un pueblo frenético, insultos ignominiosos del mas injusto de los tribunales, del mas indigno de los magis-

trados, burlas insolentes, oprobios, barbarie, impiedades, calumnias infames, injusticias horribles, azotes, espinas, clavos, cruz, y por último, una afrentosa y dolorosa muerte se representan en su imaginacion; todo se hace sentir, todo oprime, todo ahoga al mejor de los corazones, al alma mas tierna. Parece rendirse Jesus á un tan enorme peso: no puede al parecer disimular el exceso de sus penas. La tristeza mortal á que se abandona, mas es efecto de nuestra negra ingratitud y del poco fruto que tantos malos cristianos sacarán de su muerte, que del cáliz amargo que iba á beber. Si pide á su Padre que lo libre de lo que él mismo habia aceptado tan voluntariamente, es para hacernos comprender que siente toda la amargura de aquel cáliz. A la verdad, lo que exacerba su dolor es el ver el abuso sacrilego que harán tantos pecadores de las gracias que va á merecerles con su sangre. Quiere salvar á todos los hombres, y ve que la mayor parte de ellos por su obstinada malicia y ciego endurecimiento se perderá. Acepta todos los tormentos mas amargos y la muerte mas ignominiosa, para la expiacion de nuestros pecados; y la tierra estará llena de pecadores. Muere por su pueblo, y este desventurado pueblo no se aprovechará de su muerte.

El temor y la extremada tristeza á que el Salvador se habia abandonado, habian por un efecto natural juntado la sangre al derredor de su corazon; pero el amor y el deseo ardiente de nuestra salvacion, habiéndola rechazado y esparcido con violencia por todo el cuerpo, causaron un sudor de sangre tan abundante, que corrió hasta regar la tierra. Y qué, ¡tanta sangre derramada á impulsos del excesivo amor que Jesucristo nos tiene, no sacará jamas de nuestros ojos una lágrima?

La llegada del pérfido Judas á la cabeza de una compañía de soldados y de gente armada, todos con espadas, palos y cordeles, oprimió el corazon de aquel buen Maestro; y el ósculo que este infame apóstata le dió en señal de su traicion, hizo una llaga tan profunda en aquel divino corazon, que abrió paso al último suspiro de su vida: El Salvador, abrazando entónces por última vez á aquel desventurado, y hablándole todavía en tono de padre, le dice: "Amigo, ¡á qué has venido? ¡Con beso entregas al Hijo del Hombre!" ¡Qué corazon tan bárbaro no se hubiera ablandado, no se hubiera enternecido á una queja tan amorosa? Pero Judas es insensible á una reconvenccion tan viva y tan penetrante. ¡Oh Dios mio! ¡De qué no es capaz una alma que os abandona despues

de haberos conocido? ¡Oh, y cómo la insensibilidad se sigue inmediatamente á una comunión sacrilega! Le hubiera sido muy fácil á Jesucristo librarse de las manos de aquella tropa de malvados, como se habia librado tantas veces de las manos de los que tenían orden de prenderlo ántes que fuese llegada la hora. Pero el dia de hoy que llegó el tiempo determinado para su sacrificio, él mismo sale al encuentro á los que le buscan; y no bien les ha dicho que él es el que tienen orden de prender, cuando su voz, como si fuera un rayo, los arroja y tiende por tierra: tanta verdad es, que si él mismo no se hubiera entregado á la muerte por la salud de los hombres, jamas hubieran podido las potestades de las tinieblas apoderarse de su persona, dice Isaías.

¡Qué estado mas santo y mas perfecto que el del apostolado! ¡Qué vocacion mas cierta y mas milagrosa que la de Judas! ¡Dónde podia estar mas al abrigo de las olas de las pasiones, de las astucias del ejemplo, y del contagio del mal ejemplo, que á los ojos del mismo Jesucristo y en compañía de los Apóstoles! Sin embargo, Judas con una vocacion tan perfecta, en un estado tan santo, instruido por el mismo Jesucristo, colmado de sus beneficios, testigo de sus milagros; Judas se perversa, Judas comete el mas horrible delito que jamas se hubiera imaginado, Judas por último se condena. Despues de esto, ¿quién no trabajará con temor y desvelo en el negocio de su salvacion? Se digna Jesus llamarlo con el nombre de amigo aun cuando este traidor lo entrega. ¡Oh Dios mio, qué pena no os cuesta el dejarnos perder! ¡cuánto sentís el vernos perecer! Habiendo permitido el Salvador á los que su sola presencia y su voz habian tendido en tierra, que se levantaran, se les entrega y permite que lo aten como á un malhechor, y lo lleven á los tribunales entre la gritería é insultos del populacho. ¡Qué digna de lástima seria nuestra suerte, amable Salvador mio, si pudiéramos miraros á sangre fria en el triste y lastimoso estado á que os redujo la ternura con que nos amaste! ¡Ah! este amor es quien os ata mucho mas estrechamente que las sogas y cordeles de que os vemos cargado. ¿Y este mismo amor no nos tirará jamas hácia vos?

La Epístola es del capítulo XI del profeta Jeremías.

En aquellos dias: Dijo Jeremías: Señor, tú me hiciste saber, y conocí: entónces me mostraste sus intentos: Y yo como cordero manso que llevan al sacrificio, como si ignorase que habian conspirado

contra mí, diciendo: pongamos leño en su pan, y desterrémosle de la tierra de los vivos, y no haya mas memoria de su nombre. Mas tú, ó Señor de Sabaoth, que juzgas segun justicia, y sondeas los riñones y los corazones, vea yo tu venganza de ellos; porque á tí he descubierto mi causa, Señor Dios mio.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SEGUN SAN MARCOS.

(Capítulos XIV y XV.)

En aquel tiempo se celebraba la pascua y los ázimos despues de dos dias: y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban modo de prender con engaño á Jesus, y de darle muerte. Mas decian: *S.* No lo hagamos en dia de fiesta, no sea que suceda algun alboroto en el pueblo. *C.* Hallándose, pues, Jesus en Betania, en casa de Simon el leproso, y estando puesto á la mesa, llegó una muger que traia un vaso de alabastro, lleno de unguento de espigas de nardo de mucho precio, y habiendo quebrado el vaso, se lo derramó sobre la cabeza. Habia allí algunos que lo llevaron á mal en su interior, y dijeron: *S.* ¿A qué fin este desperdicio de unguento? Puesto que se podia vender por mas de trescientos dineros, y darse á los pobres. *C.* Y se enfurecian contra ella. Mas Jesus les dijo: † Dejadla, ¿por qué la molestais? buena obra me ha hecho. Porque siempre tenéis pobres con vosotros, y podeis hacerles bien cuando quisiéreis; mas á mí no siempre me tenéis. Esta hizo lo que pudo: se ha anticipado á ungrir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo, que donde quiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, se contará tambien en alabanza suya esto que ha hecho. *C.* Y Judas Iscariotes, uno de los doce, se finó á buscar á los príncipes de los sacerdotes para entregárselo á traicion. Los cuales luego que lo oyeron se holgaron, y prometieron darle dinero. Y desde entónces buscaba una ocasion favorable para entregarle. El primer dia, pues, de los ázimos, en el que sacrificaban la pascua, le dijeron sus discipulos: *S.* ¿Dónde quieres que vayamos á prevenir lo necesario para que comas la pascua? *C.* Y envió dos de sus discipulos, y les dijo: † Id á la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua: idle siguiendo, y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: el Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde tengo de comer la pascua con mis discipulos? Y él os mostrará una grande sala bien adornada: y prevenid.

noso allí. *C.* Los discípulos partieron, y llegados á la ciudad, lo hallaron como les habia dicho, y prepararon la pascua. Llegada la tarde pasó allá con los doce. Y cuando estaban puestos á la mesa y comiendo, les dijo Jesus: † En verdad os digo, que uno de vosotros que está comiendo conmigo, me ha de vender. *C.* Entónces ellos comenzaron á entristecerse, y á decirle cada uno: *S.* ¿Soy yo por ventura? *C.* Y él les respondió: Uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. Á la verdad, el Hijo del hombre va, como está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado! Bueno le fuera á este tal no haber nacido. *C.* Y estando ellos comiendo, tomó Jesus el pan, y bendiciéndole, partióle, y dióselo, diciendo: † Tomad, este es mi cuerpo. *C.* Y habiendo tomado el cáliz, dando gracias, se lo alargó, y bebieron de él todos. Y les dijo: † Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada. En verdad os digo, que no beberé ya mas de este fruto de vid, hasta aquel dia en que le beberé nuevo en el reino de Dios. *C.* Y dicho este himno, se salieron al monte de las Olivas. Jesus entónces les dijo: † Todos seréis escandalizados en mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas. Mas despues que hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea. *C.* Pedro entónces le dijo: *S.* Aunque todos sean escandalizados en tí; mas no yo. *C.* Y Jesus le replicó: † En verdad te digo, que tú hoy en esta misma noche ántes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. *C.* Pedro él insistia todavia mas, diciendo: *S.* Aunque sea necesario morir juntamente contigo, no te negaré. *C.* Y lo mismo decian los demas. Y llegaron á un huerto llamado Gethsemani, y dijo á sus discípulos: † Quedaos aquí mientras yo hago oracion. *C.* Y tomando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, comenzó á atemorizarse y á angustiarse. Y les dijo: † Triste está mi alma hasta la muerte. Esperad aquí, y velad. *C.* Y adelantándose un poco, se postró en tierra y se puso á orar, que si posible fuese, pasase de él la hora, y dijo: † Abba, Padre, todo te es posible; traspasa de mí este cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. *C.* Y vino y los halló durmiendo, y dijo á Pedro: † ¿Simon, duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, porque no entreis en tentacion. El espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaca. *C.* Y retirándose segunda vez, oró repitiendo las mismas palabras. Y habiendo vuelto, hallólos de nuevo dormidos (porque tenían los ojos

cargados); y no sabian qué responderle. Y vino por tercera vez, y les dijo: † Dormid ya y reposad: hasta la hora es llegada: ved que el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de pecadores. Levantaos: vamos: ved ya aquí cerca al que me ha de vender. *C.* Ahora estaba él hablando, cuando llegó Judas Iscariotes, uno de los doce, y con él un gran tropel de gente armada de espadas, y de palos, enviados por los principes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Y el traidor les habia dado esta señal, diciendo: *S.* Aquel á quien yo besare, él es: prendedle y llevadle con cautela. *C.* Y luego que llegó se acercó á Jesus, y le dijo: *S.* Dios te salve, Maestro. *C.* Y le besó. Entónces ellos le echaron las manos, y le prendieron. Uno de los que estaban presentes, sacando su espada hirió á un criado del sumo sacerdote, y le cortó una oreja. Y tomando Jesus la palabra, les dijo: † Como si fuera yo ladrón habeis salido con espadas y palos á prenderme. Cada dia estaba entre vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; mas es necesario que se cumplan las Escrituras. *C.* Entónces sus discípulos abandonándolo huyeron todos. Y un cierto manco iba siguiendo á Jesus, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo; y le prendieron. Mas él soltando la sábana se le escapó desnudo. Y llevaron á Jesus á casa del sumo sacerdote; y se congregaron todos los sacerdotes, y los escribas y los ancianos. Mas Pedro le fué siguiendo á lo lejos hasta dentro del atrio del sumo sacerdote, y se estaba sentado á la lumbre con los criados calentándose. Y los principes de los sacerdotes y todo el consejo buscaban testigos contra Jesus para condenarle á muerte, y no los hallaban. Porque muchos deponian falsamente contra él; mas sus deposiciones no eran conformes. Y levantándose algunos depusieron falsamente contra él, diciendo: *S.* Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré éste templo hecho con las manos, y dentro de tres dias edificaré otro no hecho con las manos. *C.* Mas sus testimonios no concordaban. Y levantándose en medio de todos el sumo sacerdote, preguntó á Jesus, y le dijo: *S.* ¿Nada respondes á lo que estos atestiguan contra tí? *C.* Mas él callaba, y no le respondió. Nuevamente le preguntó el sumo sacerdote, y le dijo: *S.* ¿Eres tú Cristo, el Hijo de Dios bendito? *C.* Y Jesus le respondió: † Yo soy: y vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y venir sobre las nubes del cielo. *C.* Entónces el sumo sacerdote rasgando sus vestiduras, dijo: *S.* ¿Para qué mas testigos? ¿No acabas de oír la blasfemia? ¿Qué os pa-

rece? *C.* Y todos juzgaron que merecia la muerte. Y comenzaron algunos á escupirle, y cubrirle el rostro, y darle de puñadas, y decirle: *S.* Adivina. *C.* Y los criados le daban de bofetadas. Entretanto estaba Pedro abajo en el átrio, y habiendo llegado una de las criadas del sumo sacerdote, como le vió estarse calentando, clavando en él los ojos, le dijo: *S.* Tú tambien estabas con Jesus Nazareno. *C.* Mas él lo negó, diciendo: *S.* No lo conozco, ni sé lo que dices. *C.* Y salióse fuera delante del átrio, y cantó el gallo. Y viéndole de nuevo la criada, comenzó á decir á los que estaban presentes: *S.* De ellos es este. *C.* Mas él lo negó otra vez: y poco despues los que estaban allí dijeron otra vez á Pedro: *S.* Sin duda de ellos eres, porque eres tambien galileo. *C.* Y él entónces comenzó á hacer imprecaciones contra sí y á afirmar con juramento: *S.* No conozco á ese hombre de quien habláis. *C.* Y en el mismo punto cantó el gallo la segunda vez: y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tres veces. Y comenzó á llorar. Y luego por la mañana los principes de los sacerdotes con los ancianos y con los escribas y todo el consistorio, tuvieron consejo: y habiendo hecho atar á Jesus, le llevaron y entregaron á Pilato. Y Pilato le preguntó, diciendo: *S.* ¿Eres tú el rey de los judíos? *C.* Y Jesus le respondió: † Tú lo dices. *C.* Y le acusaban los principes de los sacerdotes de muchas cosas. Y Pilato le preguntó de nuevo, diciendo: *S.* ¿No respondes algo? Mira de cuántas cosas te acusan. *C.* Mas Jesus ni aun entónces respondió: de suerte que Pilato estaba maravillado. Solia este dar libertad en el dia de la fiesta á aquel preso que le pedian, fuese el que fuese. Y á la sazón habia uno llamado Barrabas, el cual estaba en la cárcel con otros sediciosos, por haber hecho una muerte en una sedicion. Y habiéndose juntado la muchedumbre, comenzó á pedir la gracia que acostumbraba hacerles. Y Pilato respondió y dijo: *S.* ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? *C.* Porque sabia que por envidia le habian entregado los principes de los sacerdotes. Mas los pontífices incitaron á la muchedumbre para que mas bien les soltase á Barrabas. Y Pilato les dijo otra vez: *S.* ¿Qué quereis pues que haga del rey de los judíos? *C.* Y ellos volvieron á gritar: *S.* Crucificalo. *C.* Mas Pilato les decia: *S.* ¿Pues qué mal ha hecho? *C.* Y ellos levantaban mas el grito. *S.* Crucificalo. *C.* Por último Pilato queriendo contentar al pueblo, les puso en libertad á Barrabas, y despues de haber hecho azotar á Jesus, se le entregó para que

le crucificasen. Y los soldados le llevaron al átrio del pretorio, y convocando toda la guardia le vistieron de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron. Y comenzaron á saludarle: Dios te salve, Rey de los judíos. Y le herian la cabeza con una caña, y le escupian, y arrodillándose le adoraban. Y despues de haberle escarnecido le quitaron la púrpura, y poniéndole sus propios vestidos le sacaron para crucificarle. Y obligaron á que cargase con la cruz á un pasagero de Cirene, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que venia de una granja. Y le condujeron á un lugar llamado Gólgota, que interpretado quiere decir lugar de la calavera. Y diéronle á beber vino mezclado con mirra, y no le tomó. Y despues de haberle crucificado, repartieron sus vestidos echando suertes sobre ellos, para ver lo que tocaba á cada uno. Era ya la hora tercia cuando le crucificaron; y el título de su condenacion tenia esta inscripcion: El Rey de los judíos. Y crucificaron con él dos ladrones, uno á su diestra y otro á su siniestra. Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fui contado con los inicuos. Y los que pasaban le blasfemaban meneando sus cabezas, y diciendo: *S.* ¡Ah! tú el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas, sálvate á tí mismo bajando de la cruz. *C.* Del mismo modo le burlaban tambien los principes de los sacerdotes con los escribas, diciéndose unos á otros: *S.* A otros salvó, á sí mismo no puede salvar. Cristo el Rey de Israel baje ahora de la cruz, para que le veamos y creamos. *C.* Y los que estaban crucificados con él le injuriaban de la misma manera. Y á la hora sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora nona. Y á la hora nona exclamó Jesus en alta voz, diciendo: † ¡Eloi, Eloi, lamma sabacthani? *C.* Que quiere decir: † Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? *C.* Y algunos de los que estaban presentes habiéndolo oido, decian: *S.* Mirad, á Elias llama. *C.* Y corriendo uno de ellos, y empapando una esponja en vinagre, y atravesándola en una caña, le daba á beber, diciendo: *S.* Dejad, veamos si vendrá Elias á quitarle. *C.* Con esto Jesus dando una gran voz, espiró. (*Aquí se arrodillan, y se hace una breve pausa.*) Y el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo. Viendo pues el centurion que estaba delante, como habia espirado, exclamando de esta suerte, dijo: *S.* Verdaderamente era Hijo de Dios este hombre. *C.* Y habia allí tambien unas mugeres que estaban mirando de lejos: entre las cuales se hallaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor y de José y Salomé, que le se-

gulan y servian cuando estaba en Galilea; y otras muchas que juntamente con él habian subido á Jerusalem. Llegada la tarde (porque era la parascave, que era la víspera del sábado) vino José de Arimatea, senador noble, que esperaba tambien el reino de Dios, y se presentó con intrepidez á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Mas Pilato se maravilló de que ya hubiese muerto: y haciendo venir al centurion, le preguntó si habia ya muerto. Y habiendo sabido por el centurion que así era, dió el cuerpo á José. José compró una sábana, y descendiólo de la cruz, le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro que estaba abierto en la piedra, y puso una losa á la boca del sepulcro.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de los tormentos de Jesus, y la de la virtud con que los sufrió.

Considera que así como las obras de Dios son siempre grandiosas, así lo fueron los padecimientos de Cristo Señor nuestro. Basta para nuestra redencion una gota de sangre, un leve dolor, un suspiro del Dios Hombre; porque lo infinito del mérito y de la satisfaccion, no se toma de la magnitud de la obra, sino de la dignidad y excelencia infinita de la persona que padece. Sin embargo, quiso el Señor hacernos ver en la grandeza extraordinaria de sus padecimientos, la enormidad de nuestros pecados, y de la pena que por ellos mereciamos. Mas no solo esto. En la acerbidad y rigor de un tormento se prueba la fortaleza y alto temple de la virtud que se sostiene en él sin ceder ni doblegarse; sino ántes bien, resistiendo y superando su vehemencia, de modo que el honor de Dios y la consciencia prevalezcan, contra el mayor esfuerzo que pueda hacer la tiranía de los hombres enemigos de Dios. Por este respeto tambien fueron sin medida los dolores y tormentos que padeció el Señor, porque como su Magestad se dignó dársenos en ejemplar de virtud y fortaleza, quiso que se desarrollasen estas en la acerbidad y magnitud de las penas. Disposicion sapientísima fué esta, y digna causa del maravilloso efecto que ha logrado. Diganlo si no mas de veinte millones de mártires, que tomando el ejemplo de su Divino Maestro y denodado Capitan, han sabido sacrificar su vida vertiendo su sangre al rigor de los tormentos mas atroces. Diganlo muchos, muchos millones de anacoretas, monges, penitentes que se han dado á una vida dura y austera, y crucificada su carne por el

ejercicio de la mas asombrosa penitencia. Diganlo finalmente todos los que han sabido sostenerse en la virtud contra las tentaciones mas vehementes y seductoras, y preferir el amor y servicio de Dios á todo otro interes y consideracion, y á costa de los mayores sacrificios y vencimientos. Fortaleza es esta que deben al ejemplo de Cristo y al influjo de la virtud soberana que desarrolló en su passion.

Considera que es tan poderosa y esforzada esta virtud del Señor, que á pesar de ser el paciente que en silencio sufre las penas mas humillantes y los escarmios de mayor insulto, no puede ménos de anunciárnoslos por boca de Isaías como el esfuerzo de un triunfador magnífico, de un capitan valiente y denodado, que en su furor ha debelado á sus enemigos, y que vuelve de la accion todo cubierto de su sangre. Tal es el aspecto bajo que nos lo presenta el anuncio profético de Isaías. Al ver que aparece este gran personage, este campeon desconocido, el Profeta atónito se pregunta: ¡Quién es este que viene de Edon con las vestiduras teñidas de sangre, hermoso y esplendoroso en su vestido, y que camina en la plenitud de su fortaleza? Yo soy, responde el héroe, el que hablo la justicia y peleo para salvar. ¿Por qué, pues, le pregunta; por qué, pues, está roja tu túnica, y tus vestidos como los de los que pisan la uva en el lagar? Yo solo, responde, pisé en el lagar, y de las naciones no ha habido un solo hombre que viniese conmigo: en mi furor hollé á mis enemigos; su sangre ha rociado mis vestiduras: todo mi vestido he manchado con ella. El día de mi venganza está en mi corazon; llegó ya el año de mi redencion: mi brazo solo me ha salvado, y no he tenido mas auxilio que mi indignacion. ¡Oh Dios humanado! ¿y cómo puedes decir eso cuando te vemos desnudo, atado á una columna, azotado como un vil esclavo, lleno de heridas, cubierto de tu sangre y sujeto al furor de los verdugos que se mudan y varían de instrumentos, sin dejar de desgarrar tus carnes sacratísimas con número sin número de azotes, hasta que llegan á temer que espíres en tan atroz tormento? ¡Ah! que en esta misma sonrojosa humillacion, en este mismo tan sangriento suplicio se encuentra el triunfo y la fortaleza de Cristo, el vencimiento de sus enemigos y nuestra libertad y redencion. Su virtud hace que lo supere todo, y que cuando sus enemigos juzgan que lo han vencido y dominado, ellos sean los vencidos y subyugados.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios de sabiduría y de poder infinito, dame que pueda vencer de este modo á mis enemigos, entregando á su furor todo el cuerpo de lo humano y terreno que poseo, y salvando incolume mi cabeza de gracia y union contigo. Tu fortaleza está escondida en tus manos, como dijo tu Profeta; mas no por eso obra ménos. Sea así la mia, buscando en la fuga la seguridad, en la penitencia la salud, en la humillacion el engrandecimiento de mi alma, en la paciencia el triunfo, en la muerte la vida de la gracia.

JACULATORIA.

Con tus llagas hemos sanado, ¡oh buen Jesus! Consérvanos en la salud que nos has dado.

LECCION.

Sobre la pasion de Jesucristo en el huerto.

El judío, ciego, endurecido en su crimen, ha visto siempre á la cruz de Jesucristo como un motivo de escándalo. El idólatra orgulloso, juzgando por las reglas engañosas de una filosofía soberbia, ha tratado siempre á esta misma cruz de locura y simplicidad. Solo el cristiano la ha estimado como un manantial de virtudes nuevas y de una fuerza victoriosa. Las afrentas, las burlas, los baldones, los ultrages, las injurias, las penas, las angustias, los clavos, las espinas, los azotes, la muerte en fin del Hombre Dios, son el asunto sobre que nos vamos á ocupar. La idea aflictiva de un hombre de dolor, la formidable pintura de un reo de delitos ajenos, agobiado de injurias y de ultrages, y la sorprendente imágen de un Dios espirando sobre un cadalso, ha de ser en estos dias nuestra única ocupacion. Jesucristo jamas fué mas adorable que padeciendo y muriendo. Prediquemos, pues, su corporal flaqueza manando en fuerza de espíritu, en virtud; sus tormentos convertidos en gloria del hombre; su cruz trasformada en un trono brillante de luz y de gracia; en una palabra, prediquemos al Omnipotente en su pasion. Ojalá que así como Jesucristo fué levantado en la cruz, así tambien nosotros despues de haber leído estos discursos de su pasion, nos entreguemos á su servicio, reformando nuestras costumbres, y demos públicos y sinceros testimonios de nuestra fé y piedad. Mas

¿dónde hallaremos esta fé verdadera en Jesucristo crucificado? ¿No es verdad que con afrenta nuestra podemos preguntar: Quién es el que cree este gran misterio que la Iglesia expone á nuestra veneracion, y propone para nuestra imitacion? ¿Será por ventura el cristiano cobarde que se rinde á los primeros asaltos de la alegría y del placer, aunque instruido del modo como el Hijo de Dios peleó en el jardin de los Olivos? ¿Será el cristiano ingrato que se desentendiende de los tormentos que padeció Jesucristo en los varios tribunales de Jerusalem, á pesar de conocer su gravedad? ¿Será, por último el cristiano presuntuoso que imagina no haber nada que temer de la justicia del Eterno en castigo de sus pecados, aunque sabedor de la venganza severa que ejecutó en el Calvario contra su propio Hijo cargado con los pecados del pueblo? Estas tres reflexiones formarán la materia de otras tantas lecciones en que expongamos la historia de la pasion del Salvador, sacando de ella reglas de moralidad.

Comparemos en esta del dia de hoy la generosidad de Jesucristo, combatiendo en el jardin del Olivar con la cobardía de los cristianos, para hacer resistencia al crimen. De este modo comenzáremos á examinar con una fé viva la pasion de Jesucristo, y nos arrepentiremos de habella meditado tan poco hasta el dia de hoy.

Entremos desde luego con Jesucristo en el huerto de las Olivas, y veamos cuán bien combate su generosidad á nuestra cobardía, y confunde á nuestra pusilanimidad. Los enemigos extranjeros del hombre no son siempre los mas crueles; el que se halla dentro de él es su perseguidor secreto, mucho mas violento y congojoso. Job se lamentaba ménos del dolor de haber perdido lo que mas amaba, y de la pobreza del muladar en que yacia, que del enemigo doméstico que le hacia intolerable la vida. San Pablo deseaba con ansia verse libre del cuerpo de muerte, no por otra razon sino porque le abrumaba el enemigo interior; esto es, aquella misma carne contra la que siempre batallaba, y que le hacia gemir incessantemente.

Pues en semejante combate se encuentra el divino Salvador en el huerto de las Olivas. No es contra la vil traicion de Judas contra quien pelea; no contra los juicios inicuos que Caifás y Pilato profirian contra él; no contra las burlas del impío Herodes y de su insolente corte; nó es en fin su afliccion de defenderse contra los golpes furiosos de los mas crueles y bárbaros verdugos... ¿Pues contra quién combate? Contra sí mismo, contra su propio corazón, contra los dos mas fuertes afectos, el amor y el temor: amor á su

conservación, á su vida: temer á la muerte y á sus causas. ¡Combate duro y difícil; mas por lo mismo su victoria fué la mas gloriosa! Jesucristo se opone á Jesucristo mismo; quiere y no quiere: quiere, porque quiere complacer á su Padre en recibir de su mano suprema el cáliz amargo de tormentos; y esto es lo que le obliga á decir en S. Lucas, que quiere pasar por un bautismo nuevo, y que vivirá inquieto mientras no lo vea cumplido: *Con bautismo es menester que yo sea bautizado. ¡Y cómo me angustio hasta que se cumpla!* Pero por otra parte siente toda la repugnancia natural á la muerte, y todo cuanto hay en él se opone á la muerte. ¡Cuánto sería el espanto de Jesucristo al ver la mano soberana del Eterno, que no solo le representa el decreto de su muerte, sino tambien todas las terribles circunstancias que la habian de acompañar! Le pone delante con los colores mas horrosos aquellas cadenas con que habia de ser aprisionado, los azotes con que ha de ser deshonrado y que han de formar una sola llaga en toda la extension de su delicado cuerpo; la lanza cruel que le ha de sacar hasta la última gota de su sangre; los agudos clavos que han de taladrar sus piés y manos; la cruz ignominiosa que ha de ser el teatro de sus dolores y el altar sangriento de su sacrificio; el vil populacho que le ha de burlar y escarnecer; los jueces inieus que le han de despreciar y condenar indignamente; en fin el abandono de sus discipulos, la ingratitude de los hombres y los dolores y aficcion de su santa Madre. Con razon se pone pálido, tiembla y se estremece. ¡Quién no ha de temer una muerte para la que se ven preparativos tan terribles, y á la que han de acompañar tormentos tan excesivos.

Pero hay mas: la mano formidable del Eterno le hace ver la inutilidad de sus tormentos en la mayor parte de los hombres, el poco fruto de su sangre y de su muerte, el menosprecio é indiferencia con que serian miradas su pasion y sus penas, y el poco ó casi ningun reconocimiento á sus beneficios, y el inmenso número de almas redimidas con su sangre que se habian de condenar. ¡Ah Padre! exclamaría en el amargo estado de su corazón, ¿es preciso redimir á tanta costa y excesivo precio tantas almas que al fin se han de perder? ¿Es indispensable padecer tanto por tantos enemigos vuestros, y ver que mis trabajos han de ser tan inútiles como infructuosos? ¿Ha de ser, pues, en vano ir yo á morir, y morir en el mayor horror que jamas se ha visto? ¿Y de este modo ha de ser recompensada mi muerte por ingratos que no tienen respeto,

amor, ni reconocimiento por mí? ¡Padre! ¿qué me descubres? ¡Por qué receres mis males y mi dolor con este formidable espectáculo! ¿No son ya mis penas bastante graves y dolorosas?

Lector cristiano, aun es nada lo que padece Jesucristo; la última representacion va á ser mucho mas terrible que las anteriores. Le retrata á él mismo cargado con todas las iniquidades del género humano, y que va á pagar por ellas á la justicia de su Padre. ¡Qué vergüenza y sonrojo para una alma tan pura y tan inocente verse agobiada bajo el peso afrentoso de tantas blasfemias, sacrilegios, avaricias, impurezas y disoluciones! ¡Qué afrenta para el Santo de los santos, verse cargado de maldiciones, de infamias y de crímenes los mas atroces, hecho en fin un pecador que no se presenta á su Padre sino como su enemigo, como un ingrato! Los pecados de todos los hombres, las iniquidades de todos los siglos se dejaron caer sobre el inocente Jesus, le sumergieron en la amargura de su corazón, cubrieron su faz hermosa de afrenta é ignominia: su rostro, mudado y pálido, se inquieta, se debilita y titubea á la fuerza del dolor, se siente oprimido y agobiado á vista de objetos tan terribles; su cuerpo, abatido por la violencia de la opresion, riega la tierra con un sudor de sangre que corre por todas partes: ¡Pero al ménos habrá alguna consolacion que modere combate tan duro y cruel? ¡Ah! Toda la tierra no tiene para Jesucristo sino hiel y agenos, y el cielo se ha hecho para él de bronce y de diamante. Su Padre no lo vé sino como á un delincuente: está enteramente abandonado, no tiene parientes ni amigos que le alivien; el pérfido Judas se ha confederado con sus perseguidores; conmuevense los fariseos y principes de los sacerdotes, y obran de concierto para arruinarle: sus Apóstoles los mas fieles se han rendido al sueño, y solo velan los judíos que tratan de prenderle como al delincuente mas facineroso. Esta privacion de todo alivio y de toda consolacion que produce tan violentos dolores en el corazón de Jesucristo, es la que representa á su Padre en la oracion y jamas hubo súplica mas fervorosa. Se ofrece á él como un hombre destituido de todo, y desamparado de todos, como un miserable que tiene el pesar de verse vendido y menospreciado por aquellos mismos de los que debia esperar algun alivio. Pero ¡oh tormento jamas oido y del todo nuevo! Su Padre mismo lo rechaza y no lo conoce; esto le ocasiona una tristeza mortal, y esta tristeza un disgusto que le quita todas las fuerzas para tolerarla. En este estado tiembla y se cubre de una

mortal palidez: su cuerpo todo se cubre de un sudor el mas asombroso; á pesar de esto consigue en tan duro y cruel combate la mas señalada victoria. Vemos como.

Cúmplase vuestra voluntad, ó Padre mio, exclama este Dios paciente: ejecutese segun vos quereis. ¿Deseais que yo sea vendido por uno de mis discípulos? Sealo enhorabuena. ¿Quereis que sea atado y tratado como el último y mas vil de los hombres; que comparezca en este estado vergonzoso ante los tribunales de jueces inicuos; que sea mojado, escaramecido, cargado de injurias, de bofetadas, de azotes, y que hagan pedazos mis carnes? ¿Quereis que sea tratado como un loco, que el pueblo pida á gritos mi sangre y mi vida: que las espinas, los clavos, los golpes no dejen gota de sangre en mi cuerpo: que lleve mi cruz y sea suspendido y crucificado en ella entre dos ladrones? ¿Quereis en fin que mi alma se separe de este cuerpo mortal, y ántes de separarse pruebe todo lo que hay de mas horrendo y triste en la esfera dolorosa de la muerte? Pues hágase; yo me someto á cuanto dispongais de mí; yo no rehusaré niunguno de los tormentos que el furor y la rabia de los hombres me prepare: cúmplase tu voluntad y no la mia.

Aun no se limita á esto el ardor del ánimo de Jesucristo: se levanta con intrepidez, y él mismo va á ofrecerse á los tormentos. Vamos, dijo á sus discípulos; vamos á donde vuestra salvacion y la gloria de mi Padre me llama; ha llegado la hora esperada por los patriarcas y anunciada por los profetas: ha llegado el momento en que separándoos de mí, me desamparéis; ha llegado la hora en que debo dejarme arrastrar al suplicio para ser inmolado como un cordero; hora en la que todo el infierno va á conspirarse contra mí; hora en la que es preciso que mi valor salga al encuentro al furor de los verdugos que maquinan mi ruina. Dejemos, pues, esta escena de los dolores interiores, y pasemos á la mas sangrienta. Dejemos este huerto de los Olivos, y salgámonos al encuentro al traidor discípulo, y abracemos lo mas fiero y cruel que mis enemigos me tienen preparado: estoy dispuesto para cumplir sus bárbaros designios: no deseo ya sino manifestar mi amor y mi ánimo.

Reflexionemos, lector piadoso, por un breve instante en la tierra del huerto del Olivar, bañada con la sangre preciosa del Salvador; recojamos algunas gotas, y presentémoslas á las almas cobardes, cuya condenacion fulminó San Pablo, cuando dijo: Vosotros aun no habeis hecho resistencia hasta derramar sangre para evitar

el pecado. Efectivamente, ¿hay cosa mas odiosa que la conducta de la mayor parte de los cristianos, ni cosa mas estravagante é indigna? El Hijo de Dios combate contra sí mismo, se oprime y se fuerza él mismo para dar muerte al pecado, que solo su amor al hombre cargó sobre él; y nosotros que lo hemos hecho nacer en nuestra alma, que lo hemos fortalecido y conservado en ella, no solo no lo sofocamos con la penitencia; ántes bien lo fomentamos con la vida afeminada y sensual! ¡Jesucristo dá su sangre para satisfacer por nosotros, y nosotros no derramamos ni una lágrima para cooperar á esta satisfaccion! Al recibir el bautismo nos alistamos por soldados de Jesucristo; tenemos en nuestro favor sus gracias, sus ejemplos y sus socorros; siendo mas fuertes con estas armas que la naturaleza corrompida con todas sus inclinaciones, que el mundo con todos sus placeres, y que el demonio con todas sus tentaciones; sin embargo, nos rendimos al primer ataque. Los mártires sufrieron rudos combates, y supieron sostenerlos. La pobreza, el oprobio, las burlas y desprecios, las ruedas, las torturas, los cadalsos, la esclavitud, la muerte, todo esto y mas, nada podia con ellos, porque la consideracion de la sangre de Jesucristo y de sus excesivos trabajos, hacia á estos héroes cristianos intrépidos, fuertes y generosos; y nosotros cobardes é insensibles, vemos con frialdad correr esa misma sangre. ¡Ah! temamos que la sangre del victorioso Jesus, mucho mejor que la del inocente Abel, levante la voz algun dia contra nosotros para pedir venganza, no solo de nuestra cobardía, sino tambien de nuestra ingratitud. Los cristianos cobardes ya están sentenciados en el tribunal del jardin de los Olivos. ¡Cuidado, no sea que esta sentencia se confirme en el tribunal de las venganzas del Eterno!

Miércoles Santo.

ESTE es propiamente el dia en que comienza la Iglesia el gran duelo; porque este es el dia en que los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos ó magistrados, se juntaron para deliberar sobre los medios de que habian de valerse para prender, en fin, al Salvador, y porque este fué el dia en que se decretó su muerte. Despues del Viernes santo no hay dia que esté mas particularmente consagrado á la Pasion de Jesucristo, que es-